

## **Identidad y personajes que pueblan nuestra psique.**

### **Dra. Rebeca Retamales R**

Seminario de difusión de la Sociedad Española de psicología Analítica, impartido el 8 de mayo de 2021.

Todo camino de autodescubrimiento implica una exploración de nuestro mundo interior.

En este proceso nos damos cuenta de que la visión de lo que somos, o creemos ser, no es estática; es variable, va cambiando a medida que vivimos y nos relacionamos con los demás.

En este seminario vamos a hablar de la capacidad de la psique para crear personajes. Esto tiene que ver con la función creadora de lo inconsciente y su cualidad innata para la personificación, lo que implica un ejercicio de simbolización.

Días atrás, caminaba por la calle ensimismada en las ideas que quería compartir en este seminario y, al levantar la vista, veo un inmenso anuncio de propaganda que se titulaba “Mis otros Yoes”. Se trataba de un video protagonizado por el actor Ernesto Alterio que representa a la misma persona en diferentes momentos vitales y la posibilidad de haber tomado decisiones diversas.

Era como si hubiera una conexión entre lo que yo pensaba y lo que había fuera.

Tengo la sensación de que el tema está activo en la psique colectiva y pretendo que transitemos juntos por sus fundamentos.

Sabemos que el psiquismo está siempre activo, incluso cuando estamos dormidos. Las imágenes de los sueños están ahí, mostrándolo.

Esta actividad psíquica implica una tendencia natural para disociarnos. Esto es así por sus dos cualidades opuestas, su tendencia a fragmentarse y, al mismo tiempo, a constituir una totalidad. También nos permite recordar que el ser humano es un ser social, que necesita vivir con otros, compartiendo una cultura que, en realidad, favorece la disociación.

La psique es un sistema energético constituido por sistemas. Es auto regulable y tiende hacia la totalidad, esto es, la unificación de sus partes en un todo.

Desde esta definición abstracta de lo que es la psique o lo psíquico, vamos a explorar como se manifiesta en la práctica de la vida el fenómeno de la disociación. Los distintos sistemas que constituyen la totalidad se organizan en una configuración particular que define a cada individuo de forma personal e intransferible. La imagen del caleidoscopio, así como los patrones que se repiten en los fractales, nos ayuda a imaginar el movimiento psíquico.

En el desarrollo de este seminario iremos ejemplificando los diferentes modos de disociación de la mente, desde un grado leve hasta la manifestación de una completa escisión de la personalidad.

Al mismo tiempo, iremos conociendo cómo conforman nuestro mundo interno aspectos que son universales, característicos de la especie humana. Estos son los arquetipos.

En el camino de autodescubrimiento nos damos cuenta de que vivimos en un mundo de ideas, imágenes, pensamientos, que pululan haciéndonos divagar, ensoñar, crear historias, o bien recrear viejas tramas, dando vida, o nueva vida, a personas que formaron parte de esta. Así, comenzamos

con un ejemplo que puede ser un poco duro. Una mujer que fue despreciada por su pareja, quien no quiso aceptar la posibilidad de tener un hijo con ella, 20 años después reconstruye la historia, afirmando que fue ella quien lo dejó y no quiso tener un hijo suyo. Para sentirse poderosa, y no sufrir, desarrolla ese eficaz recurso de la mente.

Mediante la introspección tomamos consciencia de pensamientos, ideas, emociones que no concuerdan con la persona que creemos ser. Este es un proceso semiconsciente podríamos decir. Un proceso que, a veces, se hace consciente y, otras no. Hay momentos en que revivimos una situación que nos ha impactado, emocionado, positiva o negativamente, y le damos vueltas y vueltas rumiándola una y otra vez. Desde aquí, nos enganchamos en un diálogo interior en el que llegamos a “predecir idealmente” lo que va suceder. Casi creemos tener la cualidad de adivinar del futuro.

Así, fantaseamos, imaginando pensamientos, o actitudes de los demás hacia nosotros tales como: ella/el “no va a querer”, “se va enfadar”, o bien, “le va a gustar”, “se va sorprender”. Otras veces, atribuimos algún tipo de valoración: “seguramente está pensando sobre mí que soy egoísta”, “mentirosa”; y así, en una lista interminable de suposiciones, vamos activando emociones, fundamentadas en dinámicas personales generadoras de ansiedad. Miedo, rabia, incertidumbre, expectativas negativas, a veces también positivas, alimentan este ir y venir de ideas y emociones.

Esta constante actividad de la mente se produce en un estado de ensoñación en el que giran mezclándose pensamientos, ideas, fantasías, que tienen la función de satisfacer carencias, deseos insatisfechos, siendo un recurso de evasión de una realidad que nos hace sufrir. Pero, en realidad, no es eso lo que se consigue, más bien es un modo de perpetuar, anhelos y ansiedades.

El lenguaje cinematográfico, que comunica fundamentalmente a través de imágenes, permite representar muy bien ese diálogo del individuo consigo mismo dando vida y forma, en la pantalla, a personajes con los que hay conflictos que resolver. O bien, recrear el recuerdo de momentos compartidos, sean alegres o tristes. El cine representa visualmente imágenes de encuentros y desencuentros que pasan como en carrusel ante los ojos del protagonista.

Desde un análisis psicológico del proceso, podemos señalar que lo anterior ocurre en torno a la estructura del yo, que es la estructura que sintetiza todos los aspectos que tienen que ver con nuestra identidad personal. Nos permite orientarnos en la vida, al mismo tiempo que relacionarnos con lo inconsciente. En este sentido, hay muchos otros yoes, que no siempre conocemos, y que mediante un proceso de introspección nos damos cuenta de su presencia como algo casi real. El diálogo que mantenemos es tan vívido que podríamos sentirlo como otro ser distinto.

El movimiento psíquico que genera el autodescubrimiento nos permite ver que actuamos de modo diferente según las circunstancias sociales que debemos afrontar. La Psicología Social estudia los “roles recíprocos” que nos permiten comprender que hay un comportamiento, predeterminado socialmente en relación con los papeles sociales que asumimos. Por ejemplo, si soy docente tengo que enseñar; cuando tengo alumnos, claro está. Si soy padre/madre tengo que cuidar a mis hijos, si soy médico, enfermera, taxista, dependiente, ama de casa, o futbolista, tengo que cumplir el rol asignado a la posición que ocupo en la sociedad. Cada uno de estas situaciones, o posición social determinada, lleva prefijadas unas acciones específicas.

Por ejemplo, para que yo sea psicólogo tengo que tener pacientes y ejercer como tal cuando estoy ante ellos. No puedo ir psicoanalizando a todas las personas que se ponen en mi camino, ni puedo excederme en mis funciones, además, implícitamente, los demás saben que no procede pretender que les interprete los sueños cuando apenas me conocen. Cuando soy padre/madre tengo que tener hijos y

ellos tienen que estar presentes para que se cumpla, realmente, el rol de padre o madre. La psicología del desarrollo describe la situación de “padre ausente” o “madre ausente” que se da en algunas familias cuando, por circunstancias específicas, el padre, o la madre, no cumplen el rol que les corresponde como tales. Por otra parte, si soy madre, no puedo cumplir mi función maternal con todo el mundo porque en la práctica es imposible. Sin embargo, seres humanos en quienes se ha constelado positivamente el arquetipo materno, ejercen el amor maternal hacia toda la humanidad, como fue el caso de la madre Teresa de Calcuta y de tantos otros que dedican, altruistamente, su vida al cuidado de los necesitados.

Siguiendo la idea del efecto de los roles en las relaciones sociales, se me viene a mente el caso de un profesor jubilado que, me cuentan, se ha vuelto mucho más hablador de lo que ya era. Cada vez que se encuentra en un grupo intenta acaparar la atención mostrando, a la familia y amigos, su amplia cultura y conocimiento sobre la materia que enseñaba. Según esto, podemos inferir que tiene dificultades para asumir el hecho de que no está en el contexto en que ejercía la función asociada al rol de profesor, puesto que no tiene alumnos ante él. Deducimos, además, que gran parte de su sentido de identidad giraba en torno a su profesión. Dicho de otro modo, su autovaloración, que es regida por el yo, giraba en torno al ejercicio de la función docente.

Los comportamientos que acabamos de estudiar, se refieren al rol que desempeñamos, en distintos momentos de la vida, pero, **no nos** definen básicamente como individuo.

Por eso es que identificarse con una función asociada al rol, que es temporal y dependiente de la situación, provoca alteraciones emocionales de distintos grados de profundidad. Desde un estado de malestar inespecífico, hasta ansiedad o depresión. La jubilación para un individuo identificado con la profesión, cualquiera sea su categoría, puede significar sentimientos de pérdida de identidad que se pueden manifestar en pensamientos, o palabras, tales como; “ya no soy el que era” o “ya no sirvo para nada”. La misma dinámica ocurre, cuando la vejez significa también una pérdida de identidad para una bella y famosa actriz.

No solamente lo pasamos mal cuando nos identificamos con un rol determinado. También cuando proyectamos nuestros sentimientos de inferioridad en un rol representativo de poder. Por ejemplo, la inseguridad que produce la sobrevaloración de una figura representativa de autoridad: el jefe, el director del instituto, o del banco etc.

Estas son dinámicas psicológicas asimilables a la identificación con la “persona”, concepto de Jung que se acerca a esta idea, aunque se trata de una estructura próxima al yo que no depende solamente de los roles sociales que nos toca asumir. Y que, por otra parte, no siempre es consciente. El conocimiento de sí mismo favorece la relación con la estructura psíquica de la persona permitiendo tomar contacto con su conformación y circunstancias en que se manifiesta.

Jung, se inspiró en la idea de la máscara del actor, que simboliza la representación mental que tenemos de nosotros mismos y, que deseamos mostrar ante los demás. Es una parte de nuestra personalidad orientada a dar una imagen de quienes somos, siendo un rasgo permanente de la personalidad. Muestra quienes queremos ser, o nos gustaría ser, o “aparentar que somos” ante los demás. A veces podemos llegar a creerlo de verdad. Un ejemplo es aquel individuo, hombre o mujer que, de cara a los que le rodean, da la imagen de serenidad, equilibrio y ecuanimidad, pero que en su familia es alguien realmente insatisfecho, egoísta y agresivo. Lo mismo ocurre con el sentido del humor y el optimismo. Hay personas que se muestran hacia el exterior, alegres y felices; sin embargo, llevan su depresión y apatía a la intimidad como forma de ser habitual.

Aquí ya podemos identificar un mayor grado de disociación que en los casos anteriores.

La “persona” es una de las primeras estructuras con las que tomamos contacto en el proceso de individuación. Cuando el individuo comienza a tomar consciencia de la opresión que significa ser siempre buena persona, comprensivo y equilibrado, cuando en el fondo está lleno de angustia y agresividad, es el comienzo de la recuperación de aspectos psíquicos desconocidos por inconscientes. Lo mismo ocurre cuando, por factores determinantes de su historia personal, el individuo se siente empujado a mostrarse siempre inteligente, brillante, imponiéndose estas ideas del mismo modo que la máscara del actor que ahoga su sentir profundo, tal vez torpe e inseguro. Me impresiona como un buen ejemplo la representación del sufrimiento del actor en el aria “Vesti La Giubba”, de la Ópera 'Pagliacci' de Ruggero Leoncavallo.

Siguiendo con esta idea podemos decir que la otra cara de la persona es la sombra; aspectos que, a veces, se superponen. Nosotros describimos la estructura, pero en la psique no es fácil diferenciarlos, tienden a superponerse caleidoscópicamente.

Jung formula una definición directa y precisa de la sombra como “aquello que una persona no quiere ser”, señalando que este modo de entender el concepto abarca mucho más que simplemente considerar su aspecto oscuro, como habitualmente se define al decir que es “aquella parte oscura de la psique”.

La sombra es una suma de contenidos inconscientes, reprimidos y no admitidos; se trata de una asimilación parcial en muchos casos, y proyección en los otros. Podemos pensar en aquella parte de un jardín iluminado que queda oculta bajo las hojas o los árboles. Un buen ejemplo de proyección de la sombra es el de una persona amable y generosa con todo el mundo, que se transforma en un fanático cuando se toca algún tema polémico como, por ejemplo, “judíos”, “negros”, “homosexuales”, etc.

Todos tenemos una sombra con la que lidiar e incorporar a la consciencia. Esta se puede ver en personas que tienen un buen desarrollo psicológico, pero que en un resquicio de su psique existen aspectos oscuros o desconocidos. El ejemplo del jardín iluminado se usa para ilustrar, concretamente, esta situación.

En este ir y venir de mensajes que vienen de nuestro inconsciente, (como un bombardeo de misivas en un grupo de WhatsApp, o como un carrusel que pasa ante nuestros ojos) podemos ver como la psique se disocia hablando con otros “yoes” que realmente están dentro de uno. Así, descubrimos que mantenemos un diálogo con un juez interior que puede decir; “no lo haces bien”, “¿quién te crees que eres?”, “te equivocarás”, “tú y tus cosas”. A veces podemos reconocer la voz de un familiar o, una antigua pareja, que nos desvalorizaba. A partir de la toma de consciencia podemos desarrollar una parte opuesta que puede decirnos, “bueno no es nada” “ánimo, “vamos “sigue adelante”, “todo se va arreglar” etc. Al final esto genera una toma de contacto con la emoción que está detrás, suavizarla y hacerla menos dolorosa.

Es común que los niños que juegan solos tengan un amigo imaginario, que se presenta en su diario vivir de distintas formas. Por ejemplo, bajando de un avión en el jardín de su casa. Así eran mis amigos imaginarios cuando tenía 3 o 4 años. También observamos que los niños tienen grandes charlas con algún juguete o con la mascota. Los adultos también mantenemos interesantes diálogos con nuestros animales de compañía.

Pero, sigamos con el juez interior que nos visita. En la vida adulta se manifiesta como un complejo autónomo que se activa en ciertas circunstancias y nos trata duramente, critica y desvaloriza. Pero al mismo tiempo, este juez, mediante el mecanismo de proyección puede cambiar de dirección adoptando una actitud de dura crítica, y desvalorización de los demás. Esa persona que siempre “le está buscando los tres pies al gato”.

Esta es una manifestación de los aspectos dinámicos que constituyen el complejo de inferioridad. A veces, nos desvalorizamos y minamos la confianza en nosotros mismos; otras veces, dirigimos el objetivo de nuestras críticas y desvalorización hacia los demás y así nos libramos de la desagradable sensación que origina esa voz negativa. Conocí una persona cuya diversión, con una amiga cuando estaban en la calle, consistía en criticar la forma de vestirse de la gente o de las imperfecciones del cuerpo de otras.

La dinámica inferioridad /superioridad se asienta en un complejo de poder concepto básico del psicoanálisis de Alfred Adler.

Este complejo se encuentra a medio camino entre la consciencia y lo inconsciente y se va haciendo consciente a través de las imágenes de los sueños, de la imaginación activa, de la pintura, u otras experiencias propias del proceso analítico. Puede aparecer en la figura de un asesino que nos persigue, un nazi, por ejemplo. En otros casos, es una antigua pareja en actitud persecutoria.

Cuando se profundiza en el simbolismo se puede llegar al arquetipo que se encuentra detrás. Una mujer que había tenido una relación muy difícil con su padre, a quien desvalorizaba profundamente pero que, sin embargo, tenía una gran influencia en su vida, sueña lo siguiente: “relata que soñó, que escuchaba a su padre caminado por un pasillo de su casa infantil haciendo un ruido estruendoso”. La paciente lo asoció con el trueno, lo que le sugirió la imagen del dios de Zeus. Sabemos que Zeus es el **dios** del cielo y el trueno y, por ende, de toda la energía telúrica. Sus símbolos de poder son el rayo, el águila, el toro, el roble, su cetro y su corona. Podemos decir que un arquetipo de máximo poder se hacía presente en su psique a partir de una imagen paterna. Le permitió comprender por qué la influencia de su padre había sido tan fuerte en su vida.

Personajes agresivos o juzgadores que aparecen en nuestros sueños se alimentan de los símbolos universales presentes en películas de gran calado en la mente como es “La guerra de las galaxias” de George Lucas. El personaje Darth Vader aparece repetidamente en sueños e imaginaciones, también Jabba el Hutt. Pero también otros que representan al arquetipo del héroe como El capitán Hans Solo, Luke Skywalker.

Por supuesto también encontramos, representados en nuestros sueños e imaginación, personajes de las grandes obras de la literatura universal. Esto lo que comentaremos más adelante.

Curiosamente, el método de análisis de los sueños de Jung sigue la estructura de un drama, donde la evolución de los personajes nos indica el movimiento de la psique y los complejos dominantes. Tanto aquí, como en la imaginación activa, es donde comprobamos más vívidamente la presencia de estos seres imaginarios en nuestra psique.

Se estarán preguntando Uds. ¿qué es lo que ocurre en la representación teatral? El actor representa voluntariamente la vida de otras personas. Para ello se mete en la piel, realizando un proceso de identificación consciente con el personaje que va a representar, buscando en sus propias emociones los patrones emocionales del mismo. Hay distintos métodos de interpretación, así algunos buscan

profundizar en la idiosincrasia del personaje mediante lo que en antropología se denomina “el observador participante”. Hace pocos días recibí la información de una obra que representaba la actriz Carmen Machi, y otras actrices, sobre la vida en la prostitución. Convivieron y entrevistaron a diferentes mujeres que la ejercían para después llevar su experiencia al teatro.

A continuación, vamos a referirnos a casos de disociación que están en el límite de la patología.

En la cleptomanía una persona, que lleva una vida completamente normal, sufre la incapacidad recurrente de resistir el impulso de robar objetos que, por lo general, no necesita y que suelen tener poco valor.

También se produce una disociación en quien sufre un Trastorno bipolar, cuya denominación nos atrevemos a decir que está de moda. Es la enfermedad que anteriormente se denominaba trastorno maniaco-depresivo.

La mentira patológica, o pseudología fantástica, es un cuadro patológico caracterizado por la continua fabricación de falsedades desproporcionadas, dirigidas a obtener determinadas ventajas que pueden llegar a constituir un sistema de engaño organizado. A diferencia de la mentira ordinaria, tiene su origen en motivaciones y mecanismos psicopatológicos.

Se sabe de conocidos estafadores que se han hecho pasar por otro, suplantando la identidad de esa persona para conseguir llevar a cabo sus engaños. “El pequeño Nicolás” es el apodo que le puso la prensa española a un famoso farsante que fue detenido en 2014. Es un español (FNGI) estudiante de derecho que llevó a cabo sus artimañas infiltrándose en las altas esferas de poder político y económico español. Supuestamente estafó a gran cantidad de personas ofreciendo las influencias del personaje que creó con el que al parecer consiguió importantes ganancias. Afirmaba que utilizaba supuestos contactos con altos niveles de la Administración y el gobierno español.

Otro personaje, este ficticio, y más inocente si lo comparamos con el anterior, es “El pijo aparte” de la novela “Últimas tardes con Teresa” de Juan Marsé. Es un seductor, ladrón de motos, que se hace pasar por obrero militante revolucionario para mantener una relación amorosa con Teresa, una joven de clase acomodada que tiene románticas ideas de izquierda.

Juan Marsé describe con profundidad psicológica las fantasías que construye en su mente y sitúa en numerosos escenarios, en las que Manolo (“el pijo aparte”), se identifica con el héroe y recibe el afecto de la damisela que salva. Profundamente afectado por un episodio ocurrido en su infancia, busca siempre la aceptación por parte de aquellas clases que él considera privilegiadas y superiores. Trata de conseguir la aprobación de personas que él vislumbra con poder y dignas de respeto. Manolo se fija en Teresa desde la primera vez que la ve en una fiesta en la que él se cuela sin ser invitado.

En la película Blue Jazmin de Woody Allen se describe muy bien la vida de falsedad de unos personajes y el desmorone de la personalidad de la protagonista (Jazmin) cuando descubre el mundo irreal en que vivía. Su marido es un estafador elegante que se arruina repentinamente. Ella está en el límite de la psicosis cuando, en un estado de máxima desesperación, comienza a confundir la fantasía con la realidad.

Un mayor grado de disociación se observa cuando se activa un complejo que se separa del conjunto de la psique impregnándola completamente.

Es lo que ocurre en la psicosis, una disociación total de un complejo del resto de la personalidad. El complejo de celos que Tolstoi describe en la novela Anna Karenina, con gran profundidad psicológica, se puede ver la gradual escisión de la personalidad que Anna experimenta a medida que va acercándose al suicidio.

Para situarnos en el tema recordamos que la historia de amor que relata la novela degenera finalmente en el problema de celos de la protagonista. Podemos decir que su origen se encuentra en un excesivo apego a su amante, además de los efectos del aislamiento y el repudio social que vive.

La relación de la pareja se va degradando lo que se refleja en los siguientes pensamientos de la protagonista y una consiguiente pesadilla:

Un día en que Anna pensaba que su amante (el Conde Wronsky) y ella se alejaban cada vez más, fantaseaba con su propia muerte, imaginando el sufrimiento que le produciría.

Esa noche tuvo la siguiente pesadilla:

*“Un viejecillo con la barba mal peinada, inclinado sobre el lecho, manipulaba los hierros de la cama repitiendo unas palabras sin sentido. Y Ana, como siempre que tenía esta pesadilla (y en esto consistía precisamente todo el horror) sentía que el viejecillo no le prestaba atención, y continuaba manipulando los hierros de la cama”.*

En otro momento de la novela: desesperada, después de una disputa, porque él ha salido, se produce un cruce de cartas entre ellos, donde él le decía dónde iba y la hora a la que iba a llegar, (lo que la habría tranquilizado si tuviera ese dato, pero ella ya está dominada por el complejo). Tiene el siguiente dialogo consigo misma:

*“Si es así, ya sé lo que tengo que hacer –dijo Ana sintiendo que su espíritu se llenaba de una ira inmensa y de un deseo ardiente de venganza. «Yo misma iré a encontrarle donde está, y antes de irme para siempre se lo diré todo. Nunca he odiado a nadie como a este hombre», pensaba, mientras corría hacia su habitación. Al ver el sombrero de su amado en el perchero del recibidor, Ana se estremeció de aversión. No se daba cuenta de que el telegrama de Wronsky era la respuesta al suyo, y que él no había podido aún recibir su carta. Ahora se le imaginaba hablando tranquilamente con su madre y con la Sorokina, (supuesta posible novia que su madre quería para él) que gozarían desde allí con sus sufrimientos.*

*«¡Sí: debo ir en seguida!», se dijo. No sabía concretamente a dónde tenía que ir; sólo comprendía que quería huir de los sentimientos que experimentaba en aquella casa. Los criados, las paredes, todo despertaba en ella una profunda aversión. Sentía en la cabeza una gran pesadez.*

Se dirige a hablar con una amiga y después se sume en pensamientos y divagaciones

*«Quería contar a Dolly todo lo sucedido, pero he hecho muy bien en no decirle nada. ¡Qué contenta se habría puesto con mi desgracia! Lo habría ocultado, pero el principal sentimiento habría sido de alegría, porque yo estoy purgando ahora los placeres por los cuales me envidiaba. Kitty se habría alegrado más aún. ¡Qué bien la veo ahora! La veo como si fuera transparente. Sabe que me mostré amable con su marido, y tiene celos de mí y me odia. Además, me desprecia. A sus ojos, soy una mujer inmoral. Si lo fuera habría intentado enamorar a su marido. Lo habría intentado», dijo.*  
*«¡Pero, si lo intenté!*

De pronto se fija en un hombre que la saluda y lo incorpora a su divagación.

“Y ese hombre, ¡qué satisfecho está de sí mismo!», pensó, mirando a un señor que iba en un coche en dirección opuesta a la suya, gordo, colorado, con aire bien visible de satisfacción. «Se habrá confundido», se dijo aún, viéndole que la saludaba quitándose su brillante chistera, y levantándola por encima de su también reluciente calva. «El pobre hombre habrá pensado que me conocía. Tan poco como él me conocen otros muchos, incluso algunos que me tratan. Ni yo misma me conozco... (Se ve cómo avanza la disociación psicótica y la pérdida del contacto con la realidad, incorporando a su fantasía lo que ocurre a su alrededor).

Después de esto se le acercó un mensajero que entregó una carta:

*Ana la abrió y leyó, con gran ansiedad, palpitándole aún con más fuerza el corazón. «Siento mucho que la carta no haya llegado a tiempo. Iré a las diez», había escrito Vronsky con letra descuidada.*

*–Esto es... Tal como lo esperaba... –dijo Ana con sonrisa sarcástica. –Bien. Vuélvete a casa –ordenó al cochero. Pronunció estas palabras con voz débil, muy tenue, porque el rápido latir de su corazón le impedía casi hablar. «No... no permitiré que me atormentes de este modo», pensó después. Y esta amenaza no iba dirigida a Vronsky, concretamente; tampoco se refería con ella a un propósito sobre sí misma, sino a la causa misma de sus torturas. Se dirigió al otro extremo del andén.*

*«¡Señor, perdóname!», exclamó, consciente de lo inevitable y sin fuerzas en el momento en que se lanza a las vías del tren.*

*El hombrecito de sus pesadillas, diciendo en voz baja algo incomprensible, machacaba y limaba los hierros. Tolstoi. Séptima parte XXXI.*

Impactados por el dramatismo de esta escena, vamos ahora a los casos de doble personalidad. Aquí la psique se encuentra completamente fragmentada, de modo que una parte de la personalidad no sabe de la existencia de la otra.

Se ha usado mucho la novela de R.L Stevenson “Dr. Jekil y míster Hyde” para ejemplificar el grado máximo de disociación al que puede llegar la sombra personal. El argumento es muy conocido así es que no lo vamos a comentar en este texto.

Quiero mencionar ahora, la novela “El retrato de Dorian Grey” de Oscar Wilde que nos muestra un grado más profundo de escisión. Novela publicada en 1890 considerada en la actualidad como uno de los clásicos modernos de la literatura occidental.

La historia comienza en el momento en que el pintor, Basil Hallward, fuertemente impresionado por la belleza física de un joven llamado Dorian Gray y con una profunda admiración por esta, comienza a pintarle un retrato. En ese momento, se encuentra presente Lord Henry, un amigo del artista, quien durante todo el proceso expone sus ideas con respecto a un nuevo tipo de hedonismo. Lord Henry indica que *«lo único que vale la pena en la vida es la belleza, y la satisfacción de los sentidos»*.

Dorian Grey queda cautivado por la visión del mundo de Lord Henry y comienza una amistad con él. Al darse cuenta de que un día su belleza se desvanecerá, Dorian desea tener siempre la edad de cuando Basil le pintó en el cuadro. Mientras se mantiene, sin variación, la misma apariencia del cuadro, la figura retratada envejece por él. Su búsqueda del placer lo lleva a una serie de actos de lujuria y envilecimiento, pero es el retrato el que envejece y muestra las huellas de este tipo de vida.

Dentro de la magia de la novela, entiendo que se produce una invasión de lo inconsciente, un anclaje inconsciente entre los tres personajes, en torno al arquetipo de la belleza, lo efímero de la vida y los

placeres sensuales. Antiguamente se le denominó “folie à deux” a este, no muy frecuente, trastorno psicótico compartido. El fenómeno se materializa en el cuadro, dando como resultado la eterna juventud de Dorian y la proyección en el cuadro de la huella que deja la vida en el alma y en el cuerpo.

El cine y el teatro han representado repetidamente esta forma de fragmentarse la personalidad. Un clásico es la película “Las tres caras de Eva”. Es un drama estadounidense de misterio realizada en 1957, adaptada de un libro publicado por los psiquiatras Corbett Thigpen y Hervey M. Cleckley, quienes ayudaron a escribir el guion. Basada en una historia real, Eva White, un ama de casa desvitalizada y retraída, se queja de sufrir desvanecimientos y periodos de amnesia, por lo que su marido la lleva a un psiquiatra. Este descubre muy pronto que tiene una segunda personalidad: Eva Black, una mujer alocada y desinhibida. Según progresa la terapia de Eva, aparece una tercera personalidad, Jane, que es sensible e inteligente, y que cumple la tarea de ayudar a su psiquiatra a resolver su extraña condición de múltiple personalidad.

Esta historia se ha usado como ejemplo en los estudios de psicopatología. En las nuevas clasificaciones psicopatológicas se denomina “trastorno de identidad disociativo”.

Una película más actual es el “Cisne negro”. Película norteamericana realizada en 2010 que muestra un caso disociación y psicosis que, gradualmente, vive la protagonista. Este film relata la historia de Nina, una brillante bailarina que forma parte de una compañía de ballet de Nueva York y vive completamente absorbida por la danza. La presión de su controladora madre, la rivalidad con su compañera y las exigencias del severo director irán incrementando la tensión a medida que se acerca el día del estreno. Esta situación provoca en Nina un agotamiento nervioso y una confusión mental que la incapacitan para distinguir entre realidad y ficción.

Son muchas las películas de psicópatas realizadas en Norteamérica. “Las dos caras de la verdad”, protagonizada por dos grandes actores, Richard Gere y Eduard Norton, en 1996, es otra de ellas. El argumento trata de un prestigioso abogado de la ciudad de Chicago, conocido por la repercusión pública de sus actuaciones judiciales. En la película se hace cargo del caso del asesinato del arzobispo de la ciudad de Chicago. El principal sospechoso es un joven tímido e introvertido que ha sido descubierto huyendo de la escena del crimen con la ropa cubierta de sangre. Este joven solía frecuentar la iglesia que dirigía el arzobispo y parecía estar en el círculo cercano al sacerdote. El caso parece imposible de ganar porque todas las pruebas apuntan a éste como culpable. Sin embargo, este personaje llega a convencer al abogado de su inocencia, quien lucha hasta conseguir demostrarla. El final es una gran sorpresa para el espectador.

Como podemos ver, los casos de disociación son muy sugerentes para los creadores, cineastas, escritores.

También podemos recordar el caso de mujeres que, en el pasado, tomaron una identidad masculina para poder mostrarse en el mundo del arte, la poesía u, otras actividades, que no eran propias del mundo femenino. Citamos como ejemplo casos conocidos como la escritora George Sand, o la exploradora Isabelle Eberhardt. Podríamos catalogarlos como suplantación consciente de personalidad, debido una necesidad de adaptación a las limitaciones, que implicaba la situación de la mujer en ciertos momentos históricos.

Muchas veces, en la práctica clínica tenemos la sensación de que la realidad supera la fantasía. No existe un límite fácilmente identificable entre aquello que los profesionales de la psicología denominamos patología, y la vida misma.

El mismo Jung relata en sus memorias la presencia de dos tipos de personalidad que le acompañan durante toda su vida y representan dos formas básicas de ver la existencia. Dice, refiriéndose a un episodio de su adolescencia, de enfrentamiento con unos compañeros, “*sabía que yo era dos, uno era el escolar turbulento con tendencia a los ataques de ira, y el otro, el adulto, casi viejo, alejado del mundo de los humanos, en contacto con la naturaleza, frente a la tierra, a la noche, a los sueños.*”

*“Las contradicciones entre las personalidades 1 y 2, que me han acompañado durante toda mi vida, no tienen nada que ver con un «desdoblamiento» en el sentido usual en medicina. Por el contrario, tales contradicciones se encuentran en todo hombre. Principalmente son las religiones las que siempre han hablado del número 2 como del «hombre interior». En mi vida la personalidad 2 ha desempeñado el papel principal, y siempre he intentado dejar libre el proceso que del interior quería aproximarse a mí. La personalidad 2 es una figura típica; pero las más de las veces la inteligencia consciente no es suficiente para ver que también se es esto”.* Jung. p. 65

En el “Libro rojo”, Jung refleja su experiencia de imaginación activa con diversos personajes de su psique: Al comienzo fue visitado por un anciano y una mujer joven, a las que identificó como Elías y Salomé. Estuvieron acompañados por una gran serpiente negra. Con el tiempo, la figura de Elías se convertiría en un guía espiritual, que Jung llamó *Filemón* (*ΦΙΛΗΜΩΝ*, originalmente escrito en griego). Salomé fue identificada por Jung como una figura de ánima.

Y hasta aquí podemos llegar, preguntarnos y... reflexionar.

#### BIBLIOGRAFIA

- Adler, A.(1975). *Conocimiento del hombre*. Madrid. Espasa-Calpe, S.A  
 Jung, C. G. (1986) *Recuerdos, sueños y pensamientos*. Barcelona. Seix Barral  
 (2004). *La dinámica de lo inconsciente*. Madrid. Editorial Trotta  
 (2012). *El libro rojo*. Buenos Aires. El hilo de Ariadna.  
 Wilde,O. (2019) *El retrato de Dorian Grey*. Zaragoza. Siruela.  
 Tolstoi, L. (2012) *Anna Karénina*. Barcelona. Alba Editorial.